

¿VASCUENCE EN LA INDIA DRÁVIDA?

José Andrés Alonso de la Fuente

(Universidad Complutense de Madrid - UPV/EHU)

1. Introducción¹

Dada la peligrosa tendencia que se ha venido registrando durante los últimos años en lo que respecta a la búsqueda de parientes lingüísticos del eusquera, euskara, vascuence o vasco, como se prefiere, este breve trabajo no puede comenzar sino negando cualquier tipo de intención para con el descubrimiento de pistas que lleven, directa o indirectamente, hasta los antepasados lingüísticos de esta antiquísima lengua peninsular.² En esta tesitura, es imperioso aclarar el contexto del título,

¹ Me gustaría expresar mi más sincero agradecimiento a los profesores Joseba Andoni Lakarra e Iván Igartua por haber leído, comentado y corregido una versión previa de este escrito. Por supuesto cualquier error queda bajo mi entera responsabilidad.

² Como fácilmente puede suponerse, el vasco ha sido relacionado con las lenguas drávidas en más de una ocasión. Aunque Trask (1997: 358-429) ofrece una panorámica más o menos completa de las propuestas que buscan solventar la cuestión de los orígenes lingüísticos vascos, la familia drávida sólo aparece citada cuando se menciona el nombre de Roslyn Frank (1980). Para ejemplificar la situación que vive la comunidad académica vasca vinculada a estos asuntos, puede comentarse que esta autora, Frank, relaciona entre otros latín FOCUS ‘chimenea’, de etimología desconocida, con vasco *su* ‘fuego’. Para ello, necesita establecer un puente semántico de unión y recurre a palabras indoeuropeas para ‘sol’, p.ej. latín SŌL, y para ‘sudor’, sin ir más lejos español *sudor*, que según la autora derivaría de vasco **su da* ‘es fuego’. El análisis, por supuesto, es erróneo, ya que no está sujeto a ninguna regla gramatical del vasco y es puramente *ad hoc*. Por si esto fuera poco, Frank menciona una raíz homónima *su-* en las lenguas drávidas y comenta que éstas, al no ser indoeuropeas, al menos conformaron “[...] the background in which Sanskrit developed” (*apud* Trask 1997: 378), por lo que diversos cambios de significado pudieron acontecer durante el período de contacto y formación entre éstas y el sánscrito. Sea como fuere, lo más parecido a **su-* que puede encontrarse en la familia drávida es por ejemplo tuŕu *tũ* ‘fuego; brillante, fiero’. Sin embargo, la palabra habitual para fuego deriva de una raíz proto-drávida **kic-* ‘fuego’, que genera tamil *kiclu*, kannada *kicc/u*, *kirc/u*, tuŕu *kitt/tu* ‘relámpago’, telugu *ciccu*, kolami, olari *kis*, naikri *kicc*, naiki, parji *kic*, konami *sis/u*, malto *cic/u* (DEDR 1514). Entre las grandes ausencias de Trask, destacan sobremanera los fantasiosos estudios de Federico Krutwig Sagredo (1921-1998), entre otros su monografía *Garaldea* (1978), y los no menos imaginativos de Nicolas Lahovary, cuya prolijidad (Zvelebil 1970: 21, n. 31) es tan acentuada como el silencio en el que sus propuestas se han sumido. Lahovary cree haber descubierto un vínculo genético no sólo entre las lenguas drávidas y el vasco, sino entre éstas y otras variedades del Mediterráneo. Zgusta y Zvelebil (1961: 130) comentaron en una ocasión que «[...] some degree of first-hand knowledge is absolutely necessary for a work based on comparison of different elements. If one does not possess at least

por cuanto que malas intenciones o incómodas costumbres adquiridas podrían conducir a erróneas y precipitadas conclusiones.³

Si bien es cierto que se ha descrito la presencia de pequeños, y no tan pequeños, grupos poblacionales vascos en prácticamente todos los rincones del mundo,⁴ no menos lo es el hecho de que la India ha sido visitada en contadísimas y brevísimas ocasiones, menos su parte meridional, donde se localizan las lenguas drávidas, sin duda debido a circunstancias de muy diverso orden. No sería extraño que en este preciso instante la pregunta con la que se abre el escrito resultara aún más confusa: si hay dificultades para documentar la presencia física, prolongada o no, de vascos en la India, ¿cómo es posible que se pretenda siquiera plantear la observación de elementos lingüísticos? Por supuesto, a esta cuestión podría responderse de muchas maneras. De hecho, seguro que términos como ‘préstamo’ o ‘interferencia lingüística’ ya han calmado la inquietud de algunos. Por desgracia o por fortuna, ni el préstamo ni la interferencia lingüística serán los temas de este trabajo, sino la amplitud y diversidad de conocimientos en el arte de las lenguas que un obispo exhibió durante su estancia en la localidad india de Tinnevely, hace más de un siglo y medio.

some knowledge of the things compared, the comparison may be absolutely grotesque». Otro excelso dravidólogo, Bhadriraju Krishnamurti, calificaba el trabajo de Lahovary como “[...] a colossal adventure in ‘time’ and ‘space’” (2001: 119). Dados los antecedentes, que no son pocos, se confirma nuevamente una perogrullada como que el vasco y las lenguas drávidas no guardan ninguna relación, al menos genética. No obstante, y teniendo en cuenta las últimas tendencias en lingüística histórica, no está de más aclararlo y subrayarlo. En lo que atañe a la visión particular de los dravidólogos, en general muy recelosos para con otras hipótesis que excedan el límite geográfico y lingüístico de Asia Central, Austerlitz (1971), Krishnamurti (2003: 43-47) y Zvelebil (1990, 1991) mencionan el vasco muy de pasada, en ocasiones simplemente como elemento enumerativo. Hasta la fecha ningún especialista en estas lenguas ha elaborado trabajo alguno sobre la conexión vasco-drávida, y no parece que vaya a elaborarse en un futuro próximo.

³ Al hilo de lo comentado en la nota primera, la literatura vasca también cuenta con un partidario ilustre y optimista en cuanto a la vinculación de los términos “eusquera” e “India”. Como cabría esperar, se trata del escritor vasco-francés José Agustín Chaho (1810-1858). Criticado contundentemente ya por Miguel de Unamuno (1864-1936) en su tesis doctoral (1958), pero corroborado en su momento por el padre Fidel Fita en su discurso de recepción en la Academia de la Historia de Madrid (1879), la hipótesis vasco-aria no ha pasado desapercibida a lo largo de estos años y como consecuencia de ello, está en el origen de algunos episodios más célebres y curiosos de la historia de la lengua vasca, como por ejemplo el calificativo de “hegeliano” que Tovar (1980: 183-184) dio a la recién mencionada crítica de Unamuno, donde el escritor vasco comentaba que Chaho únicamente estaba comparando términos reales con algunos trascendentales.

⁴ Existen varias obras imprescindibles sobre los vascos en el mundo, p.ej. Sayas Abengoechea (1994). América ha sido sin duda el lugar por antonomasia de los vascos y su papel como balleneros en Alaska pervive en la memoria de muchas generaciones de historiadores. En este sentido, el libro de Arana Pérez (1990) es una lectura obligatoria. En cuanto a relaciones lingüísticas vasco-“indias”, que también las ha habido, puede citarse uno de los testimonios más tempranos, el caso del jurisconsulto de la audiencia de Lima, pero español de nacimiento, Diego Andrés Rocha (¿1615?-¿?), que defendía en su tratado *El origen de los indios* que una de las pruebas más contundentes en cuanto al origen español (sí, sí, español) de los indios americanos era la similitud que se hallaba entre algunas palabras vascas e “indias”, p.ej. vasco *gache* - *gacha* ‘sal’ vs. “indio” *machar*, *liñua* ‘lana’ vs. *millua*, *vura* ‘agua’ vs. *jurac* ‘blanco, a imitación del agua’ (Alcina Franch 1988: 83-84).

2. Robert Caldwell, lenguas drávidas y lingüística comparada

En 1856 Robert Caldwell (1814-1891), obispo de Tinnevely, una pequeña población de habla tamil situada en la gran región de Madras, publica *A Comparative Grammar of the Dravidian or South Indian Family of Languages*,⁵ obra que marca los inicios de la filología drávida o dravídica. La importancia y calidad de este trabajo supera con mucho cualquier estudio inaugural en el campo de la lingüística indoeuropea, la austronesia o la urálica. De hecho, estas disciplinas deberán esperar algún tiempo para que vean la luz trabajos comparables, aunque nunca alcanzarán las implicaciones que en su momento tuvo la aparición de la obra de Caldwell. Krishnamurti y Zvelebil coinciden en que, dadas las herramientas de la época, no se podría haber hecho mejor.⁶ Y no es para menos, ya que gracias a los conocimientos que poseía tanto en lenguas drávidas como indo-iránicas, pudo demostrar que las primeras constituyen una familia independiente que nada tienen que ver con el sánscrito y que poseen una tradición y una historia propias. En esta misma obra, además, se emplea por vez primera el calificativo de drávida < *drāvida-*, palabra que en sánscrito significa ‘tamil’, referido a estas lenguas en cuestión.

Resultaría excesivamente tedioso, a la par que innecesario, enumerar todas y cada una de las novedosas ideas que Caldwell expone en este magnífico volumen. Ni siquiera haciendo una selección de las más destacadas se podría evitar la redacción de un extenso artículo. Sin embargo, al menos una de ellas debe ser descrita para la correcta comprensión del estudio que aquí ocupa. En esta ocasión no se trata del excelente magisterio exhibido por Caldwell en lo que a lenguas drávidas se refiere, sino a la inclusión de una ingente cantidad de material lingüístico proveniente de otras familias, a cada cual más diversa, con el objetivo de poder explicar desde el mismísimo principio los fenómenos lingüísticos que atañen a la familia drávida.⁷ No importa si hay o no hay vinculación genética de por medio —algo sobre lo que el propio Caldwell siempre hace espacial hincapié—, lo importante es obtener un modelo paralelo que sirva para resolver un problema estrictamente drávida. Si además se localiza una prueba potencial que resuelva el origen genético de las lenguas drávidas, mucho mejor, pero en Caldwell no hay ningún tipo de búsqueda compulsiva que le lleve a forzar el material o destruir una base filológica tan particular y magnífica como la disponible en el caso de la lingüística india. Desde las indoeuropeas hasta las chukotko-kamchatkas, pasando por las semíticas, túrcicas o urálicas, estas dos últimas englobadas dentro de las que Caldwell, aunque de prestado,⁸ denominaba “lenguas escitas”, todas tienen cabida. Y entre ellas precisamente se contará el vasco, para el que por supuesto también hay un lugar reservado.

⁵ Aparecerá una segunda edición en 1875, revisada y ampliada por el propio Caldwell, y una tercera en 1913, ésta revisada y editada por el reverendo J. L. Wyatt y el académico T. Ramakrishna Pillai. La versión empleada para este artículo corresponde a la segunda reimpresión de esta última (Asian Educational Services, New Delhi and Madras 1998).

⁶ Véanse entre otros Krishnamurti (2001: 102) y Zvelebil (1970: 13-14).

⁷ Caldwell se refiere a este material mediante las expresiones “extra-Dravidian affinities” o “extra-Dravidian relationship”.

⁸ Caldwell reconoce utilizar el término tal y como lo hace Rasmus Rask (1913[1998]: 61-62).

Aquí debe ser donde la pregunta formulada nada más comenzar este estudio quede finalmente resuelta.

3. El vasco, las lenguas ‘escitas’ y el comparativismo a larga distancia

La lengua vasca aparece citada únicamente en dos ocasiones. Sin embargo, ambas poseen una significación especial.

3.1. Vasco *ne* o *ni*

En la primera de ellas vasco *ne* o *ni* ‘yo’ aparece como comparanda en la sección dedicada al sistema pronominal (Caldwell 1913[1998]: 382). Caldwell, en uno de los pocos puntos donde incurre en error, considera que todos los pronombres de primera persona drávidas derivarían de una forma original *nâ*, *yâ* o *â* (Caldwell 1913[1998]: 371), siendo la primera la que más parecía convencerle, ya que pese a la existencia de tamil *yān* o tulu dialectal *yāñi*, el resto de lenguas presenta una estructura *Vn*. Esto le da pie para insertar multitud de pronombres en otras lenguas del ámbito euroasiático que en efecto reflejan una nasal dental como consonante principal. Estudios posteriores demostrarán que la reconstrucción proto-drávida presenta **yān*: **yan-* ‘yo’ (DEDR 4234), siendo el fonema nasal la marca correspondiente de singular, en oposición a **yām*: **yam-* ‘nosotros’ (DEDR 4231), donde la nasal bilabial desempeña funciones de plural.⁹ Con independencia de lo descrito para el caso drávida, el material vasco se resiente aún en el ámbito formal. Resulta obvio que *ni* ‘yo’ es la forma regular del pronombre personal vasco, pero *ne* debe ser el pronombre intensivo *neu* ‘yo (mismo)’ < *ni* ‘yo’ + *hau(r)* ‘este’, también *nihaur*, o *nerau* < *nihaur* ‘mío’ + *hau(r)*. Lo más lógico es pensar que toma la forma *neu*. Esto, por supuesto, siempre y cuando no se trate de una información errónea obtenida a través de alguna fuente poco fiable. En cualquier caso, puede descartarse con total tranquilidad la variación dialectal, ya que no se tiene testimonio de ninguna alternancia *ni* ~ *ne*. Por lo tanto, debe tratarse del pronombre de persona intensivo *neu*.¹⁰ A lo meramente formal súmense algunos problemas metodológicos. Algunos autores como Lyle Campbell han observado que el uso de palabras fonéticamente breves aumenta el número de probabilidades de dar con efímeras y desgraciadas casualidades, es decir, de fallar a la hora de establecer lazos de unión genéticos.¹¹ Por esa razón, suscribe Campbell, dichos segmentos deben ser excluidos de la comparación, al menos en las primeras etapas de investigación.¹² Al margen de comenta-

⁹ Entre otros Zvelebil (1977: 37). De todas formas Caldwell estaba sobre la pista de estas marcas morfológicas (1913[1998]: 370).

¹⁰ Hualde y De Urbina (2003: 152-54). La sección dedicada a la descripción morfológica nominal (sustantivos, pronombres, determinantes, nombres propios y otros modificadores) de esta importante gramática vasca corre a cargo del homenajeado Robert L. Trask.

¹¹ Entre otros Campbell (1988, 1994, 1999a: 322; 1999b: 199; 1998: 125) o Igartua (1996).

¹² Algunos autores, como Blažek (1999/2000: 99-100), opinan en tono casi indignado que juicios como los de Campbell son algo excesivos, ya que “[t]he first pioneers in the Indo-European linguistics (e. g. Bopp) started just from the gramatical morphemes. The reserve of the author to

rios ceñidos al material, gracias a la comparación de los pronombres es posible saber que Caldwell consideraba al vasco, pese a su localización geográfica, como una lengua “escita”, o al menos es lo que se deduce del único contexto utilizable:

In a few of the Scythian languages, the isolated pronoun, including its nominative, seems to be almost identical with that of the Dravidian family -e.g., *na* in the Quasi Qumuk, a Caucasian dialect; and *ne* in Motor, a dialect of the Samoiede; *na* or *nai* in Corean; *ne* or *ni* in Basque (Caldwell 1913[1998]: 382).
[Texto normalizado. Nota del autor]

Esto contradice diametralmente lo que Caldwell comenta en las páginas introductorias al respecto de cómo empleará el término “escita”.¹³ Quizá la misma vaguedad que reconoce el autor le haya empujado a colocar allí, como si de un cajón de sastre se tratara, al vasco por su condición de lengua aislada. Sea como fuere, se trata de una mera especulación que jamás podrá ser resuelta.

3.2. Vasco *iri*

La segunda aparición de material vasco no es menos significativa. El sustantivo *iri* ‘ciudad’ (Caldwell 1913[1998]: 613), que se compara con tamil *ūr* ‘pueblo, ciudad, villa’¹⁴ y con las formas semíticas del hebreo *âr* o *’r* ‘ciudad’, babilonio *er*, asirio *uru* y acadio *’uri*, siempre en terminología del propio Caldwell, es acreedor de una extensa bibliografía, así como las palabras semíticas, dada la problemática que envuelve a estos términos. Por su parte, tamil *ūr*, exactamente ‘aldea, poblado’, deriva de proto-drávida **ūr-* ‘aldea’ > tulu *ūru*, kannada *ūr*, malayalām *ūr*, kota, toda *ūr*, telugu *ūru*, kolami *ūr* ‘aldea’, *ūran* ‘aldeano’, naikri, naiki *ūr* (DEDR 752), brahui *ur-ā* ‘casa, esposa’ (DEDR 698).¹⁵

La palabra *iri*, en la traducción de Caldwell ‘ciudad, pueblo, aldea’, pero a juzgar por lo toponimia algo mucho más reducido como un pueblecito o un agrupamiento de pocas casas, es uno de esos no muy numerosos términos vascos que pueden ras-

pronominal stems is rather excessive. With his logic we cannot connect, e. g. Latin *tū*, German *du* and Russian *ty*, because they are too short and too frequent in many world’s languages”. Esta crítica no ha lugar ya que la comparación indoeuropea se ha visto sustentada *a posteriori*, es decir, hay un sistema que se sostiene sin necesidad de la similitud pronominal, mientras que en el caso de propuestas hechas en el ámbito de la comparación a larga distancia la gran mayoría se ha quedado en la fase de similitud pronominal, sin dar el paso siguiente de confirmación.

¹³ Caldwell (1913[1998]: 61-62): “In using the word ‘Scythian’, I use it in the wide, general sense in which it was used by Rask, who first employed it to designate that group of tongues which comprises the Finnish, the Turkish, the Mongolian, and the Tungusian families. [...] The term ‘Scythian’ having already been used by the classical writers in a vague, undefined sense, to denote generally the barbarous tribes of unknown origin that inhabited the northern parts of Asia and Europe, it seemed to me to be the most appropriate and convenient word which was available”.

¹⁴ Caldwell utiliza el diacrito <^> para notar la longitud vocálica.

¹⁵ La aparente distancia semántica entre brahui y el resto de lenguas drávidas permite recordar un hecho bien sabido entre los especialistas, y es que algunas etimologías del DEDR necesitan ser revisadas con urgencia, ya que en muchos casos existe una confusión obvio en la configuración de algunas etimologías, algunos de cuyos cognados pueden ser redistribuidos o simplemente eliminados (Vacek 1999). Brahui *ur-ā* podría ser uno de ellos.

trearse hasta el mismo aquitano, en cuyas inscripciones aparece el nombre de una divinidad, ILIXONI [deo], cuyo formante primero es obviamente *iri*, pero con un lateral en vez de una vibrante. La análisis morfémico del nombre parece más o menos claro: ILI- + -(s)xo- (diminutivo en vasco moderno -txo?) + -o-n-is, sufijos habituales en la formación de nombres tanto de persona como de dioses, p.ej. *Arixoni* frente a *Arixo* o *Ilurberrixo*[i] frente a *Ilurberrixo*. La posibilidad de rastrear desde tan antiguas fechas permite observar con más naturalidad algunos fenómenos diacrónicos del vasco, como la evolución de proto-vasco *-l- o -l- en vasco antiguo a -r- en algunas variedades modernas.¹⁶ Así, a vasco antiguo *ili* y *uli*, esta última con disimilación vocálica *ili* > *uli*, p.ej. en *Ulibarri*, le siguen vasco moderno central y oriental *iri* y vasco oriental *uri*, p.ej. en los topónimos *Zeanuri* o *Basauri*.¹⁷ En ambos casos está documentada una variante con aspiración inicial, resultando *hiri* o *huri*.¹⁸ La relevancia del término *iri* < **ili* es inmensa, ya que en su momento fue identificada satisfactoriamente¹⁹ con el *Ili-* de muchos topónimos prerromanos, p.ej. *Iliberris*, que se extiende no sólo a lo largo de la Península Ibérica, sino también por el sur de Francia.²⁰ Por desgracia para Caldwell, su etimología se ve abocada al fracaso puesto que la forma más antigua resulta ser *ili*, que ya obviamente no casa de ninguna forma posible con el resto de cognados citados por el obispo de Tinnevely. Llama poderosamente la atención el hecho de que Caldwell, dado el ambiente religioso en el que se movía, no viese una comparación que resulta más obvia y jugosa que las anteriores: latín *urbs*, *urbis* 'ciudad'. Aunque la etimología de esta palabra es oscura, algunos autores como Walde ya la habían relacionado con el propio vasco, en su variante *uri* e incluso con el sumerio /uru/, cuya importancia se verá a continuación.²¹

¹⁶ Este cambio fonético de hecho produce una de las alternancias más curiosas de la lengua vasca, p.ej. *euskara* 'lengua vasca' frente a *euskaldun* 'persona que habla vasco' o *Euskal Herria* 'País Vasco', *zamari* 'caballo' ← latín *sagmarius*, frente a *zamaldun* 'jinete' (Trask 1997: 143-44) o *gari* 'trigo' frente a *galbabe* 'cadazo'. Recuerdese, además, que proto-vasco *-L- generaría vasco moderno -l-, p.ej. **iLun* > *ilun* 'oscuridad', ya en préstamos *gatzelu* 'castillo' ← CASTELLU frente a (*h*)*aizkora* 'hacha' ← ASCIOLA.

¹⁷ La utilización de esta palabra, en concreto de esta forma dialectal, ha deparado igualmente episodios memorables de la historia de la lengua vasca. El erudito abogado Andrés de Poza (?-1575) propuso en una ocasión que la etimología de Asturias era vasco *aztu* 'olvidar' + *uri* 'pueblo', basándose en el hecho de que supuestamente en aquella comunidad autonómica española hay muchos pueblos fantasma (Trask 1997: 50).

¹⁸ El origen de *hiri* podría explicarse a través de una etimología interna **her* 'cerrado' + participio -i > *hiri*. Otra posibilidad, menos plausible, sería considerar un proceso análogo con *herri* 'país, tierra; gente, nación, pueblo'. En cualquier caso, hasta que no se aporten más datos, *h-* debe ser considerado un fonema original y no secundario.

¹⁹ En palabras del propio Trask: "[...] which everyone is happy to identify with the element [...] found in so many town names in the Roman period" (1997: 143).

²⁰ Gorrochategui (1984: 332-33). Ya en Hervás se comparaba erróneamente *iri* - *uri* con el elemento -*briga* presente en multitud de topónimos españoles. Esta idea fue esbozada por el historiador vasco Estaban de Garibay (1533-1599), a quien se le atribuyen otras etimologías, p.ej. entre el monte armenio de Ararat y el vasco Aralar o el río Araxes, situado en el Cáucaso, con el río vasco Araiça u Orío, sin duda ambas influenciadas por el tubalismo (Tovar 1980: 49).

²¹ Walde (1982, II: 839). El autor considera que la forma latina derivaría de ide. **urd^his*, presente en sánscrito *várđhātī*, avéstico *verōdaitī*, *verōdayeite*, lituano *vir̄bas* e incluso latín *verbēna*. En un momento dado se llega a citar antiguo eslavo eclesiástico *gradъ* < proto-eslavo **gordъ* y lituano

El material semítico es si cabe algo más problemático, puesto que las circunstancias que envuelven los testimonios de esta familia no acaban de aclararse, debido en esencia al confuso papel que desempeñan las formas sumerias /iri/, /iri^{ki}/, /iri₁₁/ (estas tres lecturas pueden estar reflejando igualmente /eri/), /uru₂/, /uru₁₁/, todas con el significado de ‘ciudad’,²² algo confirmado por la traducción acadia *ālu* ‘id’.²³ El principal problema viene dado por la consideración y el estatus que han venido mereciendo las formas semíticas. Hasta hace relativamente poco tiempo se postulaba la existencia de una lengua intermedia para explicar determinadas palabras sumerias que no se consideraban nativas. Dado el testimonio semítico, una de ellas era ‘ciudad’. Con el paso de los años los especialistas se han mostrado cada vez más reticentes a aceptar la existencia de una lengua de substrato cuya conservación, siquiera rastro, es por completo inviable, a excepción de las palabras que precisamente la originan, pero que se encuentran localizadas en léxicos ajenos.²⁴ El panorama se ha aclarado bastante gracias a un magnífico trabajo del sumerólogo Gonzalo Rubio, quien demuestra que las palabras que supuestamente deberían venir de esa lengua intermedia de substrato son palabras nativas sumerias, préstamos del semítico o *Kulturwörter*. De hecho, Rubio considera que las palabras sumerias referidas a ‘ciudad’ o *vel sim* antes comentadas son un préstamo de las voces semíticas (Rubio 1999: 7, n. 13).

Por lo tanto, Caldwell escogió una de tantas palabras viajeras, cuya presencia en multitud de lenguas no se explica por origen genético, sino por difusión. Aun así, resulta muy complicado por el momento discernir cómo un prototipo */VrV/ ‘ciudad’ pudo llegar hasta el vasco, si bien para las lenguas drávidas parece más sencillo.

4. ¿Qué fuentes empleó Caldwell?

El fondo bibliográfico del que debía disponer Caldwell tuvo que ser ciertamente amplio y surtido. Con toda seguridad mantenía una profusa correspondencia con otros orientistas afincados en la India, así como con otros académicos de la talla de Friedrich Max Müller (1823-1900) o Franz Bopp (1791-1867). Si no es a través de estos intermediarios, resulta francamente complicado imaginar como Caldwell llegó a hacer acopio de semejante biblioteca. En este sentido, aunque el material vasco no es excepcionalmente extenso, hay cierto margen para divagar acerca de las fuentes empleadas por el autor para obtener información de esta lengua. La fecha

gārdas, y plantea la posibilidad de derivar latín *urbs* de **g^bor-d^bo-s*, cuando lo normal es considerar *hōrtus* ‘jardín’ como la derivación natural de esa raíz (Watkins 2000²: 30). Por su parte, Ernout y Meillet (2001[2002]: 754) se limitan a las formas latinas y no arrojan nada de luz sobre el tema.

²² El término en cuestión también está documentado en compuestos: /iri₂-bad₃/, /uru-bad₃/ ‘ciudad alta’, /iri-bala/ ‘ciudad rebelde’ o /iri-tus/ ‘ciudad populosa’.

²³ Incluso en una herramienta tan elemental para la etimología semítica como el diccionario de Klein aparece citada la conexión con el sumerio (1987: 470).

²⁴ Véase un alegato a favor en Bauer (1999: 436) y otro en contra Michalowski (2005). A modo de curiosidad, Igartua (1999) trata una cuestión de detalle en relación al concepto de sustrato y una posible etimología para vasco *gorosti*, en tanto en cuanto se vincula con sardo *golostru* y ruso *xvorost*. Por supuesto, la conclusión que alcanza el autor aleja convincentemente la forma eslava de las dos precedentes y da cierta credibilidad al sustrato que explicaría las similitudes y diferencias entre las palabras vasca y sarda.

de la primera edición de su gramática comparada, 1856, y de la segunda, 1875, ediciones en las que Caldwell tuvo plena participación, permiten manejar un amplio abanico de posibilidades.²⁵ Manuel de Larramendi (1690-1766) ya ha publicado la primera gramática y diccionario de la lengua vasca. No obstante, el trabajo está en español, y dadas las informaciones que ya se han comentado en otro lugar sobre el empleo del español por Caldwell (Alonso de la Fuente 2006), es fácilmente deducible que no habrían sido de mucha ayuda para el obispo. El trabajo de Pedro Antonio de Añibarro (1748-1830) no sería publicado hasta principios de 1960, con lo que también puede descartarse como fuente para Caldwell, así como cualquier conocimiento, siquiera de pasada, sobre el astarloísmo.²⁶

Diferente es la situación de Joseph-Dominique Garat de Ustaritz, que publicaría un artículo en 1785 en la *Encyclopédie méthodique*. Si bien este artículo no fue consultado con seguridad por Caldwell, o si lo fue no emplea lo que viene en él, sí pudo ser el punto de arranque, ya que a partir de éste Wilhelm von Humboldt (1767-1835) comenzaría sus investigaciones sobre el vasco, publicidad ésta suficiente para que el artículo de Garat de Ustaritz se convirtiese en trabajo de referencia. Dadas las aparentemente magníficas relaciones de Caldwell con Müller y Bopp, ambos de procedencia alemana como von Humboldt, no sería descabellado pensar que consiguió los datos a través de alguno de ellos, bien con su libro (Humboldt 1821[1959]), bien mediante notas de otros autores. La investigación de Humboldt no fue especialmente profunda, lo cual queda refrendado en el estudio de Caldwell.

El último gran vascólogo al que pudo tener acceso Caldwell es Louis Lucien Bonaparte (1813-1891), que en 1858 publicaría *Le Verbe basque*. Bien es cierto que durante la segunda parte del siglo XIX aparecerían multitud de gramáticas vascas completas, así como diversos diccionarios; sin embargo, es casi imposible que Caldwell tuviera acceso a las obras de Arturo Campión, Jean Ithurry o Maurice Harriet. Además, la primera gramática vasca escrita en inglés no aparecerá hasta 1883, a cargo del gran lingüista holandés W. J. van Eys, y en caso de haberse hecho con una copia del *Manuel de la langue basque*, publicado en 1826 por Fleury Lélouche,²⁷ es obvio que habría sido incluido algo más de material vasco. Además, dado el ávido interés de Caldwell por el origen de las lenguas, no parece lógico que otras obras de Lélouche, como *Sur l'origine de la langue basque* (1830), hayan pasado desapercibidas, tal y como ha sucedido.

Es prácticamente imposible saber con certeza cuál o cuáles fueron las fuentes vascas empleadas por Caldwell. El hecho de citar *iri*, y no *uri*, *huri* o *hiri*, denota que la fuente consultada utilizaba formas vascas centrales y occidentales. Sin embargo, ese dato no resulta ser de mucha ayuda, ya que disquisiciones dialectales a este nivel tendrían que esperar unos cuantos años.²⁸

²⁵ Obviamente la opción de un informante nativo queda descartada de antemano.

²⁶ Trask (1997: 52) y especialmente Tovar (1980).

²⁷ Sobre esta obra en concreto véanse los trabajos de Lakarra (1987) y Lakarra y Urgell (1988), que entre otras incluyen la reedición de la misma.

²⁸ Por ejemplo, Hugo Schuchardt (1842-1927) aprendió vasco en la ciudad de Sara, en Lapurdi (País Vasco francés), lo que implica dialecto oriental y por lo tanto nada que ver con las formas (*h)iri* - (*h)uri*. Sea como fuere, Schuchardt está eliminado por cuestiones cronológicas, ya que el lingüista nacido en Gotha no se interesaría por el vasco hasta 1887 (Trask 1997: 58).

5. Conclusión

Sería muy injusto no aclarar que Caldwell en ningún momento pretende demostrar o solucionar el asunto relativo a los orígenes lingüísticos del vasco, a diferencia de otras lenguas. La prueba más clara radica en el hecho de que el material vasco aparece usado en la sección dedicada al estudio de semejanzas entre las lenguas drávidas y las semíticas. Tan poca es la confianza que dicha comparación inspira a Caldwell que el autor comenta:

The number of such words in the Dravidian languages is not great; and it might be objected that in attempting to establish the existence of this class of affinities, in addition to affinities of the Indo-European and Scythian classes, I prove nothing by attempting to prove too much. I answer, that I do not attempt to establish anything or to prove anything. I content myself with adducing facts. I submit to the reader a list of words which exhibit some interesting points of resemblance between the Dravidian vocabulary and the Hebrew. I am doubtful whether any of those resemblances is of such a nature as to furnish evidence of relationship, but I am not doubtful of the desirableness of giving them a place in this list. They will serve at least to show whether further investigation in this direction is likely to be rewarded with important results or not. In some of the instances which will be adduced, the Semitic words appear to resemble Indo-European words, as well as words belonging to the Dravidian languages; but it will be found that the Dravidian analogies appear in general to be closer than the Indo-European, and it is for that reason that the words are inserted in this list rather than in the preceding one. In some instances, again, the only resemblances to the Semitic words are such as are Dravidian.

If the existence of Semitic affinities in the Dravidian languages could be established, it would not be possible to explain those affinities by supposing them to have been introduced by the Jews who have settled on some parts of the Malabar coast; for the Jews, whether “black” or “white,” have carefully preserved their traditional policy of isolation; they are but a small handful of people at most; they have never penetrated far into the interior, even on the Malabar coast, whilst on the Coromandel coast, where Tamil spoken, they are entirely unknown; and the Dravidian languages were fully formed, and Tamil, it is probable, had been committed to writing, long before the Jews made their appearance in India. Whatever words, therefore, might appear to be the common property of Hebrew and the Dravidian languages, would have to be regarded wither as indicating an ancient pre-historic intermixture or association of the Dravidians with the Semitic race, or rather perhaps as constituting traces of the original oneness of the speech of the Noachidæ (Caldwell 1913[1998]: 605-606). [Texto normalizado. Nota del autor]

La figura de Caldwell demuestra que la sapiencia desmedida en una materia no implica ni muchísimo menos la competencia en otras. Caldwell, al menos, se muestra desde un principio honesto con respecto a sus investigaciones. El vasco de nuevo confirma su papel estelar entre las lenguas aisladas y su presencia en tratados de temática dispar, muy a menudo exótica. No obstante, es posible extraer alguna

conclusión del análisis de los vocablos vascos, ya que aunque estas comparaciones se hicieron hace casi siglo y medio, mantienen su vigencia en el plano de los errores metodológicos. Aunque resulte sorprendente, las mismas inconveniencias que se han detectado en los procedimientos de Caldwell siguen registrándose hoy en día. En este caso concreto han sido la no viabilidad comparativa de determinados elementos léxicos de brevedad fonética marcada, p.ej. pronombres o desinencias morfológicas, así como el desconocimiento o no aprovechamiento de las fuentes propias de cada lengua. Sin conocer el aquitano, sería muy complejo, si no imposible, alcanzar la conclusión de que *uri* y sus variedades derivan de **ili*.

Por el momento, en la carrera por averiguar de dónde viene el vasco parece llevar la delantera el recientemente desaparecido Robert L. Trask, quien se plantea la pregunta existencial de si en efecto esta lengua viene de algún lado (Trask 1999: esp. 157-63). Sea como fuere, las opciones vasco-aria o vasco-drávida no parecen ser las mejores a seguir.

Abreviaturas

DEDR - Burrow, T. y M. B. Emenau, 1984, *A Dravidian Etymological Dictionary*, 2.^a ed. revisada. Oxford: Clarendon Press.

Bibliografía

- Alcina Franch, J. (ed.), 1988, *El origen de los indios*. Madrid: Historia 16.
- Alonso de la Fuente, J. A., 2006, "Sobre la presencia de la lengua castellana en una obra cumbre del siglo XIX sobre indología", *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 24, 25-36.
- Arana Pérez, I. (ed.), 1990, *Los vascos y América*. Madrid: Espasa Calpe.
- Austerlitz, R., 1971, "Long-range comparisons of Tamil and Dravidian with other language families in Eurasia", en R. E. Asher (ed.), *Proceedings of the Second International Conference-Seminar of Tamil Studies*, 2 vols. Madras: International Association of Tamil Research, vol. 1, 254-61.
- Bauer, J., 1998, "Der vorsargonische Abschnitt der mesopotamischen Geschichte", en J. Bauer, R. K. Englund and M. Krebernik (eds.), *Mesopotamien: Späturuk-Zeit und Frühdynastische Zeit*. Freiburg/Göttingen: Universitätsverlag/Vandenhoeck and Ruprecht, 429-585.
- Blažek, V., 1999/2000, "Review of *Nostratic. Sifting the Evidence*. Edited by J. C. Salmons and B. D. Joseph", *Philologica Fenno-Ugrica* 5-6, 93-105.
- Caldwell, R., 1913[1998], *A Comparative Grammar of the Dravidian or South Indian Family of Languages*. New Delhi and Madras: Asian Educational Services.
- Campbell, L., 1988, "Review of *Languages in the Americas*, by Joseph H. Greenberg", *Lg* 64, 3, 591-615.
- , 1994, "Problems with the Pronouns in Proposals of Remote Relationships among Native American Languages", en M. Langdon (ed.), *Proceedings of the Meeting of the Society for the Study of the Indigenous Languages of the Americas and the Gokan-Penutian Workshop*. Berkeley: University of California, 1-20.

- , 1998, “Nostratic: A Personal Assessment”, en J. C. Salmons y B. D. Joseph (eds.), *Nostratic. Sifting the evidence*. Amsterdam and Philadelphia: John Benjamins, 107-52.
- , 1999a, *Historical Linguistics. An Introduction*. Massachusetts: The MIT Press.
- , 1999b, “Nostratic and linguistic palaeontology in methodological perspective”, en C. Renfrew y D. Nettle (eds.), *Nostratic: Examining a Linguistic Macrofamily*. Cambridge: The McDonald Institute for Archaeological Research, 179-230.
- Ernout, A. y A. Meillet, 2001[2002], *Dictionnaire étymologique de la langue latine*. Paris: Klincksieck.
- Frank, R. M., 1980, *En torno a un mito: el euskara y el indoeuropeo*. Donostia: Hordago.
- Gnana Giri Nadar, K. C. A., 1982, *A Statement in Tamilo-european Linguistics in the Matter of Greek and Latin Words of Tamil Origin*. Madurai: K. C. A. Gnana Giri Nadar.
- Gorrochategui, J., 1984, *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Hillyer Levitt, S., 2000, “Some More Possible Relationships Between Indo-European and Dravidian”, *JIES* 28, 3-4, 407-38.
- Hualde, J. I. y J. O. de Urbina (eds.), 2003, *A Grammar of Basque*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- Humboldt, W. von, 1821[1959], *Primitivos pobladores de España y lengua vasca*, trad. F. Echevarria. Madrid: Minotauro.
- Igartua, I., 1996, “Sobre el factor de la casualidad en la comparación lingüística”, *ASJU* XXX, 1, 99-125.
- , 1999, “Eusk. *gorosti*, sardinierazko *golostri*, eta errusiar *xvorost*. Ohar etimologikoa”, *ASJU* XXXIII, 2, 453-62.
- Klein, E., 1987, *A comprehensive etymological dictionary of the Hebrew language for English readers*. Jerusalem: The University of Haifa.
- Krishnamurti, Bh., 2001, *Comparative Dravidian Linguistics*. Oxford: Oxford U.P.
- , 2003, *The Dravidian Languages*. Cambridge: Cambridge U.P.
- Krutwig Sagredo, F., 1978, *Garaldea*. San Sebastián: Txertoa.
- Lakarra, J. A., 1987, “Lécluse-ren euskal gramatika. Euskalaritzaren Historiarako Lanabesak I”, *ASJU* XXI, 3, 813-916.
- , y B. Urgell, 1988, “Lécluse-ren hiztegia. Euskalaritzaren Historiarako Lanabesak II”, *ASJU* XXII, 1, 99-211.
- Michalowski, P., 2005, “The Life and Death of Sumerian Language in Comparative Perspective”, *Acta Sumerologica*, en prensa.
- Michelena, L., 1977², *Fonética histórica vasca*. San Sebastián: Publicaciones del Seminario Julio de Urquijo.
- Rubio, G., 1999, “On the alleged pre-Sumerian substratum”, *Journal of Cuneiform Studies* 51, 1-16.
- Tovar, A., 1980, *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*. Madrid: Alianza.
- Sayas Abengoechea, J. J., 1994, *Los vascos en la antigüedad*. Madrid: Cátedra.
- Trask, R. L., 1997, *The History of Basque*. London and New York: Routledge.
- , 1999, “Why should a language have any relatives?”, en C. Renfrew y D. Nettle (eds.), *Nostratic: Examining a Linguistic Macrofamily*. Cambridge: The McDonald Institute for Archaeological Research, 157-76.
- Unamuno, M. de, 1958, “Crítica sobre el origen y prehistoria de la raza vasca”, en *Obras completas*. Tomo 6, *La raza y la lengua*. Madrid: Afrodísio Aguado, 87-142.
- Vacek, J., 1999, “Tamil Etymological Notes 1”, *Journal of Dravidic Studies* 8, 2, 133-45.

- Walde, A., 1982, *Lateinisches etymologisches Wörterbuch*, 2 vols. Heidelberg: Winter.
- Watkins, C., 2000², *The American Heritage Dictionary of Indo-European Roots*. Boston: Houghton Mifflin.
- Zgusta, L. y K. Zvelebil, 1961, «Review of four works by N. Lahovary», *Archiv Orientální* 29, 127-30.
- Zvelebil, K., 1970, *Comparative Dravidian Phonology*. The Hague and Paris: Mouton.
- , 1977, *A Sketch of Comparative Dravidian Morphology. Part One*. The Hague and Paris: Mouton.
- , 1990, *Dravidian Linguistics: an Introduction*. Pondicherry: Pondicherry Institute of Linguistics and Culture.
- , 1991, “Long-range language comparison in new models of language development: the case of Dravidian”, *Journal of Dravidic Studies* 1, 1, 21-31.